

tan de sí mismos que restriban sobre una, no cuerda sino muy loca confianza, de una hebra de seda; menos: sobre un cabello; aun es mucho: sobre un hilo de araña; aun es algo; sobre el de la vida, que aun es menos. De esto sí que deberían andar atónitos. Aquí sí que se les habían de erizar los cabellos, y más reconociendo el abismo de infelicidades donde los despeña el gran peso de sus muchos yerros».

A Gracián le pasa lo que al indiano de las esmeraldas, cuyo lance cuenta en una sátira del *Discreto*. Conocemos tantas excelencias gracianescas que al dársenos lo óptimo de su producción, creemos que es algo trivial. «El indiano de las esmeraldas» expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiración. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agradar; pero bajóle éste por mitad la estimación, y con esta proporción fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta. Al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporción, oyó la causa con enseñanza nuestra: que la misma abundancia de preciosidad se hacía daño a sí misma, y al paso que se perdía la raridad, se disminuía la estimación».

Contra su propio consejo, Gracián jugó menos del basto que de la malilla.

Prodigó tanto las joyas, que éstas se pierden, y hay que buscar con esmero en la abundancia del tesoro.

Por eso es de recomendarse que las ediciones de Gracián se multipliquen, y así cada público tendrá el Gracián adecuado a sus aficiones. Se dará el fantástico para la adolescencia; el novelesco para la juventud; el filosófico para la madurez. Pues para todos escribió, todos debiéramos leerle.—CARLOS PEYRA.

(Exclusivo para *Atenea* en Chile.)  
Madrid, 1931.

## NOTAS AL FASCISMO

**E**N un libro del Conde Sforza—ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, en períodos anteriores al advenimiento de Mussolini—se consagran algunos capítulos al estudio de los orígenes y transformaciones del fascismo. El libro del Conde Sforza analiza las convulsiones sociales y políticas de la Europa posterior a la guerra. La alta situación que el autor tuvo en Italia y las comisiones diplomáticas que desempeñó en diversos países,

le permitieron conocer de cerca a los políticos más representativos de Europa. Por lo demás, el Conde Sforza es un observador sagaz y hombre de una vasta cultura histórica. Su libro *Les Batisseurs de L'Europe Moderne*, es una magnífica galería de retratos psicológicos y un luminoso documento de las corrientes del pensamiento político y social de Europa en los últimos veinte años.

Para el Conde Sforza, los orígenes inmediatos del «fascismo» hay que buscarlos en la debilidad del Ministro Facta, oscuro abogado de provincia y Primer ministro en el momento en que las masas fascistas decidieron actuar en la política italiana. Facta era el tipo del político sin carácter que equilibra siempre sus posibilidades de éxito entre dos bandos en lucha. Crecido a la sombra de Giolitti intentó, en el momento mismo en que lo halagaba, contemporizar con los fascistas en cuyo primer ministerio aspiraba o creía alcanzar una cartera o la jefatura. El 24 de Octubre de 1922, los fascistas se reunieron en Nápoles. Ese mismo día, Mussolini se dirigió a Milán. El día 27, los fascistas notificaron a Facta que debía renunciar, cosa que ocurrió la noche del mismo día. Entre tanto, estando ausente Mussolini, se organizó la «marcha sobre Roma». Por su parte el ministerio dimisionario, se reunió esa misma noche y decidió con la voluntad concertada de tres Ministros, los más enérgicos del gabinete—Amendola, Alessio y Tadey—resistir a la presión de los fascistas y acordaron proclamar la Ley Marcial en todo el reino. La mañana del 28 de Octubre, Facta se dirigió al palacio del Rey para someterle el decreto, pero regresó sin la firma. Los ministros insistieron en la necesidad de proclamar la Ley Marcial y obligaron a Facta a volver de nuevo donde el Rey. Pero Facta regresó una vez más sin la firma real. Existe el convencimiento de que Facta aconsejó al Soberano que no firmara el decreto, alegándole que el gabinete carecía de autoridad, por el hecho de ser un gabinete dimisionario. Lo cierto es que la noticia de que el decreto no había sido puesto en vigor, se esparció con rapidez y las masas fascistas aumentaron. De tal modo aumentaron, que la noche del 28 de Octubre, Mussolini, que aun se encontraba en Milán, fué llamado desde Roma, para formar Ministerio. De este modo el Conde Sforza, coloca en su verdadero terreno, la célebre leyenda de la «marcha sobre Roma».

Pero esto constituye la parte externa en la estructura fascista; la parte que el historiador futuro deberá tomar para darle a los acontecimientos que trastornaron a Italia, el carácter que en realidad tuvieron. El Conde Sforza es, ante todo, un crítico del fascismo; un crítico que procede con absoluta serenidad que

juzga de acuerdo con datos inmediatos, con un conocimiento profundo de la psicología del dictador italiano y de los sucesos de la historia italiana. No desconoce que el movimiento fascista del primer tiempo, estuvo sacudido por un real impulso de renovación. Le concede fervor idealista. Por lo demás en casi todas las revoluciones históricas intervienen elementos ideales y materiales; y en casi todas las revoluciones históricas, los impulsos ideales de origen son supeditados o aniquilados por las fuerzas materiales que se corrompen y sepultan lo mejor del pensamiento que les dió vida. Así ocurrió con el fascismo. Las contradicciones entre los sufrimientos padecidos durante la guerra por los hombres jóvenes que formaron más tarde en las huestes del *fascio* y las realidades precarias de la paz, movieron a esas masas a intervenir de un modo efectivo en la vida política del país. Acudieron con la esperanza de modificarlo todo. Los programas con que se les llamó a estrechar filas, eran muy nobles en sus fines; pero no se cumplieron. El fascismo sufrió las transformaciones que le impusieron las circunstancias y de un estado de idealismo casi mesiánico, pasó a un estado de violencia o mejor a un estado policial. Mussolini quiso unir el fascismo con los *popolari*—demócratas cristianos—pero la unión no pudo verificarse. A su alrededor crecía el descontento por las medidas que se empleaban—hay que recordar los primeros tiempos trágicos del fascismo, con su cortejo de persecuciones, deportaciones y su sistema del aceite de ricino para ganar voluntades—y contra este descontento, Mussolini consideró que para afirmar su prepotencia no había otro camino que barrer con los obstáculos que se le oponían. El Conde Sforza incluye en su análisis, el famoso borderau, con que a modo de programa el «duce» se presentó ante las masas y cuyos ejemplares fueron más tarde, confiscados, hasta el punto que hoy es tarea imposible encontrar uno. Vale la pena conocerlo:

1.—Una Asamblea Constituyente Nacional, procederá a una transformación radical de las bases políticas y económicas de la vida de la comunidad.

2.—Proclamación de la República Italiana. Descentralización del poder ejecutivo: administración autónoma de las regiones y comunas, confiadas a sus órganos legislativos respectivos. Soberanía del pueblo, ejercida por el sufragio universal de todos los ciudadanos de ambos sexos, conservando el pueblo la iniciativa del referendum y del veto.

3.—Abolición del Senado. Abolición de la policía política. Magistratura elegida independientemente del poder Ejecutivo.

4.—Abolición de todos los títulos de nobleza y de todas las órdenes caballerescas.

5.—Abolición del servicio militar obligatorio.

6.—Libertad de opinión y de conciencia, de religión, de asociación y de prensa.

7.—Un sistema de educación, abierto a todos, en las escuelas generales o profesionales.

8.—La mayor atención en la higiene social.

9.—Supresión de las sociedades anónimas, industriales o financieras. Supresión de toda especulación de los bancos y de las bolsas.

10.—Control y taxación de la riqueza privada. Confiscación de las tierras improductivas.

11.—Defensa del trabajo en los menores de 16 años. Jornada de 8 horas de trabajo.

12.—Reorganización de la producción sobre una base cooperativa y participación directa de los obreros en los beneficios.

13.—Abolición de la diplomacia secreta.

14.—Una política internacional basada sobre la solidaridad de los pueblos sobre su independencia en el seno de una federación de Estados.

Pero como afirma el Conde Sforza, las transformaciones se operaron en el fascismo a medida que el descontento crecía y por la contradicción entre una esperanza de elevación que se buscaba ansiosamente y con sinceridad y una realidad violenta que en nada se parecía a las anteriores promesas. Esta realidad había suprimido la libertad, es decir, la esencia del estado democrático y liberal, que Mussolini considera degeneración del Estado. Para él, el individuo es apenas una sombra ante el Estado organizado. Lo que debe primar es el «derecho dinámico» de la colectividad. Por eso ha hecho suya la fórmula de Georges Sorel: «La violencia no es inmoral». En donde hay un nudo, lo corta; un obstáculo, lo barre, una protesta, la acalla. Quiere sumisión y silencio, como en otro tiempo, Felipe II exigía de España para gobernar. Que distante estamos de la concepción de Benedetto Croce, que ha repudiado el fascismo por lo que tiene de tiránico. «Los regímenes autoritarios—escribió—sólo duran en los pueblos en decadencia, no así en aquellos en movimiento y progreso». Y refiriéndose al liberalismo, que según él, es el partido de la cultura y del porvenir, decía:

Es una idealidad que requiere meditaciones y experiencias, sentido de la historia y de las cosas complicadas y, en suma, fuerza mental y moral.

Mussolini revive en cierto modo, la fórmula política que dominó en otras épocas toda la cuenca del Mediterráneo: el instinto de la tiranía. La libertad no tiene sentido para él. Por lo menos no admite un orden diverso al que él es capaz de imponer. Siente quizá desprecio por los hombres. Por eso las grandes figuras del pensamiento liberal, aun siendo hombres de resonancia europea en el orden de la cultura, o se han alejado del fascismo voluntariamente o han sido perseguidos. Croce, Ferrero, Bracco, Nitti y muchos más, confirman esta verdad.

El Conde Sforza en su ceñido análisis del fascismo le niega

asimismo originalidad, no obstante que la fórmula nacionalista del fascismo se encuentra en Corradini quien desde 1910 expresó en una serie de ensayos que dentro de veinte años Italia sería imperialista. Corradini pedía sólo cien hombres dispuestos a morir para transformar Italia. Corradini combatía el liberalismo, la democracia, el socialismo contra los cuales, el fascismo ha lanzado sus más violentos dardos.

Buscando la génesis del fascismo, el Conde Sforza, la encuentra en la legislación francesa del tiempo de Napoleón III:

Napoleón III conservó—escribe—la apariencia del Parlamento, pero le quitó toda fuerza; y así procedió el fascismo. El Decreto-Ley del 25 de Mayo de 1852 dió vida a la prepotencia de los Prefectos, destruyendo las diferentes autonomías locales; y así procedió el fascismo. En 1855 los Alcaldes fueron nombrados por los Prefectos; del mismo modo, el fascismo se reservó el derecho de nombrar los *podestá*, en lugar de los *síndicos* que eran elegidos por el pueblo. Napoleón III, podía desprenderse de los Magistrados republicanos y una ley idéntica permite al gobierno fascista expulsar a los magistrados independientes. Por lo demás, la psicología de los dos regímenes, es por muchos aspectos, idéntica: el silencio de la nación destruido cada vez que se puede, por grandes espectáculos, por exposiciones y conmemoraciones destinados a excitar la imaginación mientras el espíritu de crítica permanece, inerte, inactivo.

Los capítulos dedicados por el Conde Sforza al análisis del fascismo, están llenos de grandes sugerencias, de fina ironía, de un profundo fervor hacia Italia. No se encuentra en ellos el ciego espíritu del apasionamiento que vela la verdad o la transforma según la fuerza de la antipatía. El autor que conoce bien la historia política de su patria, traza la del fascismo con la penetración de un historiador y de un psicólogo. Por eso estas páginas están destinadas a servir en el examen futuro, como una de las pruebas documentales más serias que se han escrito sobre la corriente política que hoy domina en Italia.

La Historia de un país—escribe el autor—pasa a través de todas las pruebas y todas sirven al desenvolvimiento de una nación: lo mismo los dolores que las afrentas. La Italia fué librada de la dominación austriaca y papal, gracias a los sacrificios de una minoría liberal e intelectual, que a través de tres generaciones, luchó heroicamente en medio de la indiferencia de la Italia rural. Por la primera vez, bajo el pesado silencio de la vida italiana, se perciben los síntomas de una solidaridad universal que se forma en nombre de la Libertad. Si el movimiento silencioso de los espíritus concluye por afirmar y crear una democracia verdadera en la que todo el mundo haya comprendido lo que significa la pérdida de la libertad, los sufrimientos del período fascista, no habrán sido inútiles.—JULIÁN SOREL.